
POBREZA Y FLORECIMIENTO HUMANO: MUNDOS DESEABLES Y MUNDOS POSIBLES

AURA PONCE DE LEÓN

Boltvinik, Julio (coord.) *et al.* (2007), *De la pobreza al florecimiento humano: ¿Teoría crítica o utopía?* Número monográfico de la revista *Desacatos* 23, enero-abril, CIESAS, México.

Pocos fenómenos afectan tanto y tan extendidamente a nuestra sociedad como la pobreza. Su impacto en todos los ámbitos de la vida humana no puede minimizarse. Por ella, miles de millones de seres humanos en el mundo no logran satisfacer sus necesidades ni desarrollar, extender o consolidar, los talentos y capacidades que en potencia poseen. Viven vidas muy precarias, poco o nada satisfactorias, marcadas con frecuencia por grandes cantidades de sufrimiento.

Ese es el estado del mundo en que vivimos. Ante él, siempre es posible cerrar los ojos, escapar del tema, declarar algo convenientemente ambiguo. No involucrarse o hacerlo de modo superficial. Pero también es posible someter el tema a un cuidadoso escrutinio, preguntarse si se trata de una situación irremediable, inexorable; o si, por el contrario, se trata de una situación anómala, creada por fuerzas que pueden identificarse y modificarse. Preguntarse si es posible construir un mundo diferente, en el que cada ser humano cuente con las condiciones necesarias para ejercer sus capacidades y satisfacer plenamente sus necesidades. Es la elección que hace Julio Boltvinik, quien coordina el número 23 de la revista *Desacatos* que presenta como tema principal la pobreza y el florecimiento humano con la contribución de Luis Arizmendi, Araceli Damián, Paulette Dieterlen, Des Gasper, Ruth Levitas y György Márkus. El eje alrededor del cual se articula el debate es el planteamiento realizado por el coordinador en su libro *Ampliar la mirada, un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, en el que desarrolla una aproximación distinta sobre la pobreza,

diseñando formas alternativas para conceptualizarla más adecuadamente. Propósito que sólo puede lograrse, sostiene, si se tiene como fin último el pleno *florecimiento humano*.

POBREZA Y FLORECIMIENTO HUMANO.
UN NUEVO PARADIGMA

La propuesta de Boltvinik cuestiona el enfoque actual de evaluación de la pobreza, pues, señala, éste reduce al ser humano a su condición mínima, animal, considerando sólo sus necesidades alimentarias y llevándolas a un umbral imposible: comer lo mínimo, crudo. El autor hace una crítica a este enfoque desde la economía, analizando los fallos en los métodos utilizados hasta hoy para medir la pobreza, pues estos métodos se han enfocado en lo que él llama el *eje del nivel de vida*. El texto expone la parcialidad de esta mirada economicista que busca trazar el umbral de la pobreza considerando únicamente algunas de las necesidades fisiológicas, como si ellas dieran cuenta del ser humano y de las necesidades básicas que debe satisfacer para participar de esa condición. Propone, entonces, considerar como el eje conceptual de análisis al *eje de florecimiento humano*, que considera al ser humano en su conjunto, sin fragmentarlo, y sólo a partir de esa mirada amplia, recortar la perspectiva económica, el eje del nivel de vida. Para ello el autor busca entender la esencia o singularidad humana y lo hace desde una plataforma diferente: se apoya en diversos campos del pensamiento humanista como la antropología, la psicología, la filosofía, para proponer, tal como el título de su libro lo indica, una ampliación de la mirada que permita entender qué significa ser pobre en términos humanos y pasar, a partir de ese entendimiento, a la idea de florecimiento humano como el motivo conductor del combate a la pobreza.

El planteamiento central de esta crítica es que se ha buscado establecer el umbral en un lugar equivocado: se ha sostenido que el ser humano tiene necesidades materiales y necesidades no materiales, y que identificar la pobreza consiste en trazar el umbral de lo mínimo necesario en las primeras. Esto lleva a confundir el concepto de necesidades *básicas* con el de necesidades *materiales*. Boltvinik cuestiona este planteamiento al señalar que el hombre es un ser complejo, cuyas necesidades abarcan todos los ámbitos de su existencia. Ellas tienen, sí, tienen una dimensión económica, y por tanto algunos de los requerimientos para alcanzar su satisfacción son materiales. Pero sólo identificando adecuadamente las necesidades humanas básicas puede trazarse el umbral, señala el autor. De otra manera se reduce al hombre a una condición no humana, como ha hecho el Banco Mundial al establecer un dólar diario como el umbral mínimo indispensable para vivir. ¿Para vivir cómo?

El paradigma construido por Boltvinik, que se expone en los artículos con los que contribuye a la revista *Desacatos* y se desarrolla a profundidad

en su libro *Ampliar la mirada*, propone un conjunto de bases para identificar cuáles son las necesidades humanas; debate que se ha desarrollado no sólo en la economía sino en la filosofía, en la antropología, en la sociología. Para ello establece un diálogo con la obra de distintos autores: Abraham Maslow y su jerarquía de las necesidades humanas; Erich Fromm y sus tesis sobre las necesidades específicamente humanas, György Márkus y su lectura sobre la concepción filosófica marxista de lo que es un ser humano; Michael Maccoby, Martha Nussbaum, Manfred Max Neef y sus colegas Doyal y Gough. La lista es grande y se trata en todos los casos de notables pensadores que comparten una preocupación profunda por la humanidad y su futuro.

Boltvinik construye una idea fuerte sobre las necesidades humanas entrelazando los planteamientos principales de estos autores. Por ejemplo, la jerarquía de las necesidades humanas establecida por Abraham Maslow le permite mostrar que existe un grupo de necesidades básicas sin cuya satisfacción aparecen patologías. Maslow postuló como básicas las necesidades fisiológicas, las de seguridad, las de amor, las de afecto y pertenencia, las de estima y autoestima, y las necesidades de autorrealización, identificando entre ellas una jerarquía de preponderancia: la necesidad de alimento, por ejemplo, puede conducir al ser humano a olvidar la necesidad de seguridad. Pero eso no quiere decir que un ser humano con un mínimo de alimento ha satisfecho sus necesidades básicas. Si no cuenta con los mínimos necesarios para sentirse seguro, amado, miembro de una comunidad, estimado, autorrealizado, es un ser humano afectado con conductas patológicas, es un ser humano que ha sufrido daño grave, para retomar la concepción de Wiggins usada por nuestro autor.

El criterio sobre qué es una necesidad es muy diferente para la corriente principal de la economía que para la línea de pensamiento que ha desarrollado Boltvinik, quien argumenta ampliamente por qué no es lo mismo necesitar que apetecer o desear.

El autor hace también, en su libro *Ampliar la mirada*, un recorrido sobre los conceptos que desde diversas disciplinas se han propuesto sobre la naturaleza humana. Es una forma de dar algunos pasos hacia atrás para abarcar el horizonte y ver el panorama de una manera más completa. ¿Qué es el hombre? ¿Cuáles son las fuerzas esenciales que lo constituyen? Por eso su incursión en la sociología, la filosofía, la antropología, abarcando incluso los estudios paleoantropológicos que investigan los procesos evolutivos que condujeron a la aparición del ser humano. ¿Qué define al ser humano como especie? Debate complejo, sin duda; inacabado, por lo demás; *leitmotiv* de la paleoantropología. Las reflexiones de Boltvinik son útiles a todos aquellos que pensamos, de una u otra manera, en lo que caracteriza al ser humano. La interpretación de György Márkus sobre la obra marxiana da luces a la investigación de Boltvinik: el ser humano es

un organismo cuyas fuerzas esenciales son sus necesidades y capacidades humanas en continua interacción y retroalimentación. El ser humano, para florecer, requiere tener la posibilidad de desarrollar y enriquecer constantemente sus necesidades y sus capacidades. Binomio que es el punto nodal de la tesis desarrollada por Boltvinik. El diálogo que en torno a estos temas realiza en la revista *Desacatos* con varios autores abarca muchos ángulos, facetas y perspectivas. Comento a continuación algunos de ellos.

LA UTOPÍA

Ruth Levitas, especialista en pensamiento utopista, presenta algunas de las miradas que ha desarrollado esta tradición de pensamiento. Levitas describe la utopía como la narración novelesca de la sociedad deseada y señala su utilidad: la posibilidad de soñar mundos alternativos. Describe, por ejemplo, las diferentes imágenes del socialismo que dibujaron Morris, en su novela *News from Nowhere*, y Bellamy en *Looking Backward*. Morris describe un mundo en donde la felicidad proviene de una vida más ecológicamente sustentable, de una vuelta al artesanado, de seres humanos satisfechos por el hecho de desempeñar un trabajo satisfactorio, estético. Bellamy, nos dice Levitas, describe una sociedad altamente tecnologizada, en la cual la vida feliz proviene del tiempo de ocio, en donde la producción es desarrollada por ejércitos industriales de gran eficiencia y en donde hay mucho tiempo de ocio y gran capacidad de consumo.

Me parece que podríamos describir la primera como una suerte de naturalismo, de ascetismo, una vía hacia la felicidad por la ruta de elegir una vida simple, armoniosa, moderada. Es, quizás, la ruta que proponen muchas de las culturas de Oriente, aunque Occidente cuenta también con pensadores en esta línea, recuérdese el *Walden* de Thoreau, o *Small is Beautiful*, ese extraordinario alegato de Ernst Schumacher. La segunda es la vía hacia la felicidad por la ruta del desarrollo tecnológico y el dominio sobre la naturaleza. Es la ruta que han tomado las culturas dominantes de Occidente, y sus metas están lejos de ser alcanzadas.

Levitás no lo plantea, pero sus lectores podemos preguntarnos —en la medida en que Occidente ha fracasado en posibilitar la felicidad para los seres humanos, y en la medida en que la nuestra es una sociedad periférica, marginal, cuyo papel en Occidente, en el reparto de tareas, es de maquilador y proveedor de materia prima y en el de utilidades de consumidor de las sobras— si no nos conviene hacer un alto y buscar una ruta independiente. Prácticamente no tendríamos nada que perder, y quizás mucho que ganar.

LA FASE CÍNICA DEL CAPITALISMO

Luis Arizmendi participa en el diálogo con un diagnóstico duro, crudo, descarnado, muy agudo y atinado, de la fase actual en la que se encuentra el capitalismo: una fase *cínica*, dice. Cínica, porque ya no se trata de guardar las formas: hay pobres y seguirá habiendo pobres. Lo que se tiene que hacer, capitalistas del mundo, es controlar y contener la inestabilidad y los riesgos que tal pobreza acarrea. Asistimos en esta fase cínica al traslado de la autoridad del Estado a los grandes capitales, a la pérdida de su antiguo papel de mediador en los conflictos de intereses entre las clases sociales.

Arizmendi caracteriza la fase actual de mundialización de la pobreza localizando sus tres principales causas. Primera, el desplome de los dos agrupamientos geopolíticos que de alguna manera hacían un contrapeso al poder del Primer Mundo: el del Segundo Mundo, encabezado por la Unión Soviética, colapsado ante los enormes requerimientos económicos de su aparato militar, y el del Tercer Mundo, desarticulado, sin la mínima protección que le brindaban las antiguas y hoy prácticamente inexistentes agrupaciones económicas de países en vías de desarrollo, subordinado más que nunca a los dictados de los grandes capitales del mundo y preso de su dependencia tecnológica e industrial. Segunda, el Estado reconfigurado neoliberalmente por la vía de privatizar numerosos servicios públicos y de contener el aumento a los salarios. Tercera, la creación de un espacio de trabajo mundial mediante el uso de modernas tecnologías, en el que los procesos de producción se deslocalizan geográficamente, profundizando la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y atacando la producción local, campesina, artesana, de bienes de autoconsumo y el intercambio más inmediato entre productores. Uno de los más aterradores mecanismos de esta aguda competencia entre el gran capital y el pequeño productor es la creación, por vía de la biotecnología, nos dice Arizmendi, de las semillas "Terminator", infériles en la segunda generación, que rompen los ciclos campesinos habituales de obtención de la semilla para la siguiente cosecha de la cosecha previa. El costo por semillas más baratas y más "productivas" es la pérdida de la autonomía, de la independencia del pequeño campesino. ¿Lo vale? Seguramente no, pero dada la feroz competencia y la necesidad de abatir costos, ¿tiene el campesino otra alternativa?

Arizmendi ve dos tendencias del capitalismo actual: una que busca reactualizar el papel regulador del Estado, buscando neutralizar los efectos más avasalladores de la configuración actual del capitalismo; la otra, actualmente victoriosa, que tiende a la redición del fascismo. Sobre estas dos tendencias, nos dice Arizmendi, se yuxtaponen dos corrientes de pensamiento sobre la forma que debe tomar la modernidad: una, que apoya el dominio capitalista del mundo, y la otra, anticapitalista, que busca poner en la mira la parte humana del fenómeno: el mejoramiento de la calidad de la vida humana, y que pone otro acento, también, en los graves

riesgos ambientales que conlleva la desbocada carrera del gran capital por apropiarse de todas las riquezas naturales. Para Arizmendi, y me parece que esto es lo único que puede consolar al lector de su ensayo sin concesiones, la historia futura no está cerrada; ambas modalidades están en plena lucha por incidir en los procesos del mundo. Señala: "la crisis histórica del capitalismo es posible pero también su reconfiguración histórica. Y [...] esa reconfiguración, a su vez, tampoco está predecidida, es decir [...] oscila entre la posibilidad de una reconfiguración que modere su depredación del planeta y una tendencia tecno-fascista. En síntesis, se mira la historia del siglo XXI como una *historia abierta*, en la que sus trayectorias de ningún modo se encuentran predeterminadas y dependen de la acción o inacción del sujeto histórico". No puede uno sino estar de acuerdo, sin por ello dejar de preguntarse: ¿quién es hoy ese sujeto?

Es en este marco que Arizmendi encuentra que la obra de Boltvinik redimensiona el debate sobre la pobreza, pues cuestiona los métodos que hasta ahora han tratado de conceptualizarla y propone que la única manera de dimensionar la pobreza es desde la riqueza humana. Ello constituye una contribución de gran relevancia al pensamiento económico y social. Un mirador iconoclasta, como le llama Arizmendi, para encarar radicalmente a la pobreza. Arizmendi identifica los principios que articulan la propuesta boltvinikiana: la *totalidad*, en la medida en que la obra de Boltvinik se niega a recortar al ser humano, tomándolo, al contrario, en su conjunto, y desagregando desde ahí la dimensión económica; la *transdisciplinariedad*, por esa buena factura de la investigación que se basa en el diálogo constante y enriquecedor con pensadores de un amplio espectro de disciplinas; la *economía moral*, por la cual Boltvinik rechaza como falsa la idea de que los hechos o datos no tienen connotaciones morales, y muestra cómo hechos y valores se encuentran en muchos casos imbricados sin posibilidad alguna de ser separados como no sea desvirtuándolos. Por último, el principio de *soberanía* por el cual Boltvinik reafirma la necesidad de un proyecto de autodeterminación nacional que permita a nuestro país repositionarse en el reparto de fuerzas del mundo actual. Un ensayo vigoroso y lúcido el de Arizmendi, que obliga al lector a replantearse la gravedad de la situación mundial.

EL INEXISTENTE TIEMPO PARA FLORECER

En el mismo número, Araceli Damián presenta una reflexión sobre la contraposición que se da entre la poca disponibilidad de tiempo que permite el capitalismo y la necesidad de tiempo para alcanzar un verdadero florecimiento humano. El tiempo, señala, es la vida misma, y el capital lo consume vorazmente, pues ese tiempo significa plusvalor. También lo consume nuestra forma actual de vida en las cada vez más grandes

ciudades, que demandan tiempos excesivos para la transportación. Incluso la utilización del llamado tiempo libre ha sido blanco del gran capital.

Damián hace un recorrido histórico sobre cómo los distintos modos de producción basados en la propiedad privada de los medios fueron arrancando al trabajador, por distintas vías, el control de su tiempo. Por ejemplo, en la Inglaterra del siglo XVIII se registran jornadas de trabajo muy prolongadas, de las cinco de la mañana a las siete, ocho de la noche, con pocos descansos. Muchas luchas obreras del siglo XVIII y XIX se dieron por reducir la jornada laboral. En 1848 se instaura —en Inglaterra— la ley de diez horas diarias, y es sólo hasta las primeras décadas del siglo XX que se generaliza la idea de ocho horas por día, sin olvidar que aún hoy hay muchas diferencias en las jornadas laborales aceptables en el mundo. Damián cita el caso de la provincia china de Guangdong, en donde las mujeres trabajan, además de sus 48 horas semanales legales, 35 horas extras en ese mismo periodo. Casi 15 horas diarias.

Además de esta pérdida de control del tiempo de vida por parte del trabajador, pues ahora le pertenece a otro, está la pérdida de control sobre los procesos de producción, pues ahora están fragmentados y el trabajador ya no es un artesano; hay una división técnica del trabajo y cada uno realiza el fragmento que le corresponde. Esto también tiene como consecuencia una baja socialización en los centros de trabajo, lo que incrementa la calidad repetitiva y monótona de un trabajo que no contribuye a la realización humana.

Ahora bien, señala Damián, si esto sucede en el tiempo de trabajo, podría esperarse que el tiempo libre, si bien escaso, pudiera dedicarse a actividades de autorrealización. Pero el capital, que vio una amenaza en el tiempo libre del trabajador, la encaró creando la industria del entretenimiento, con la que no sólo orienta el consumo del trabajador, sino también ocupa y aliena su tiempo libre: si el tiempo libre es aburrido, hay que matarlo. Hay que matar la vida misma. El tiempo libre es para distraerse, dice el capital. Y millones de personas siguen ese mandato al pie de la letra. No hay, entonces, un espacio para el florecimiento humano, pues no se florece ni en el tiempo de trabajo ni en el tiempo libre. En nuestro mundo el primero se consume en tareas monótonas y aburridas, que transfieren la energía de una persona a quien paga por ella, y el segundo se consume en actividades alienantes llamadas *entretenimiento*, en donde hay, desde luego, para escoger. No parece posible, excepto para algunos cuantos afortunados dentro del capitalismo, disponer del tiempo necesario para florecer. Y esos afortunados sólo lo son, gracias a alguna especial circunstancia de sus historias individuales que posibilita que en su trabajo, o en su descanso, puedan realizar actividades satisfactorias. Damián plantea la dificultad de que esa condición se generalice y especula si sólo se cumplirá, algún día, en Utopía. El recorrido de Damián no sólo

informa con amplitud de lo que se ha considerado una jornada laboral aceptable o no a lo largo de la historia y de las luchas que se han dado en el mundo para regularla, también ofrece elementos para observar más crítica e inteligentemente nuestro uso personal del tiempo, nuestra vida.

LA APROXIMACIÓN POLIFÓNICA

Otros autores contribuyen a este número coordinado por Boltvinik. Paulette Dieterlen hace un recorrido conceptual sobre la manera en que distintas corrientes de pensamiento se han ocupado de la pobreza y, algunas de ellas, del florecimiento humano, introduciendo al lector, a través de una tipología de enfoques, al pensamiento filosófico sobre la pobreza, en el que puede encontrarse un enfoque liberal igualitario, uno comunitarista, uno orientado al florecimiento humano y, dentro del liberalismo igualitario, otro también orientado al florecimiento humano. Dieterlen discute en su artículo las ideas de Amartya Sen, de John Rawls, de Martha Nussbaum, de Taylor, entre otros, y suministra así un marco más amplio para la valoración y comprensión de las tesis principales sobre la pobreza.

La obra de Martha Nussbaum, con quien Boltvinik comparte muchas ideas y debate otras, es revisada en la reseña que presenta Des Gasper sobre su libro *Frontiers of Justice*. Gasper reflexiona sobre la contribución conceptual y metodológica de Nussbaum al pensamiento ético moderno. Es muy interesante su análisis de los métodos propuestos por Nussbaum quien, dice, se compromete "con un amplio espectro de elementos de evidencia, incluyendo relatos personalizados; el uso especial de literatura narrativa y otros tipos de literatura ideográfica para crear interés y simpatía; el análisis y uso de la emoción, con especial énfasis en la compasión". Gasper identifica cómo la necesidad de lograr algunos propósitos y llegar a algunos públicos, conduce a Nussbaum a elegir determinados métodos y fuentes. Logra así abstracción sin idealización y mantiene una sensibilidad al contexto sin llegar a un relativismo puro.

Se presenta también un ensayo de György Márkus, eminente pensador marxista, quien ofrece a este número de *Desacatos* un capítulo de su obra *Language and Production. A Critique of the Paradigms*, en donde analiza el debate contemporáneo por sustituir o, alternativamente, complementar, el paradigma de la producción marxiano con el paradigma del lenguaje para explicar el mundo y la existencia humana moderna.

EL FUTURO

Muchas ideas surgen de la lectura de un texto tan denso y enriquecedor. Pensemos, entre otras, en la educación. Como bien dice Boltvinik y enfa-

tiza Damián, los principales enemigos del florecimiento humano son la pobreza y la alienación. Por tanto, no bastará superar la pobreza para llegar al florecimiento humano. Si así fuera tendríamos que buscar ahora mismo, en los países económicamente más desarrollados, a los seres humanos más realizados y felices, en cantidad y en calidad, dado el nivel de vida que poseen. Evidentemente no es así. La alienación causada por el sistema capitalista, que despoja al ser humano de su capacidad creativa, de la capacidad de satisfacer por sí mismo sus necesidades poniendo en juego todos sus talentos impide, aun en Estados de gran bienestar económico, el florecimiento humano. Hay, desde luego, ejemplos de gente muy auto-realizada en todos los estratos sociales, incluyendo aquellos que tienen apenas resueltas sus necesidades básicas deficitarias. Esto indica que la tarea pendiente no es sólo la superación de la pobreza, aunque ésta es la condición *sine qua non*, sino también la educación, una educación que posibilite a las personas adquirir instrumentos para superar la alienación inherente al sistema capitalista. Adquirir instrumentos para estar en contacto con nuestras más auténticas necesidades. Un sistema educativo racional tendría que incluir, además, una educación para la autosuficiencia, considerando la autosuficiencia como la plataforma necesaria para la dignidad humana. Ciertamente, buena parte de la humanidad carece no sólo de los recursos necesarios para vivir con dignidad, sino de la capacidad para hacerse de ellos de una manera legal, creativa y, quizás, feliz.

Un ángulo cuyo estudio y reflexión deben profundizarse es señalado por Boltvinik a través de su análisis del planteamiento de Radovan Richta y sus colegas, quienes, en la Praga del 68, en un entorno "profundamente crítico", elaboraron un texto fundamental, *La civilización en la encrucijada*, que se preguntaba por las vías de desarrollo de una sociedad en su madurez industrial. Estos autores analizan las posibilidades abiertas por la revolución científico-tecnológica para entrar en el reino del trabajo creativo, pues, consideraban, cada vez se liberaría más al hombre de participar en la producción material, la operación de máquinas sería una tarea cada vez menos solicitada y los procesos de producción estarían cada vez más automatizados. Los autores plantearon que en el socialismo el trabajo se orientaría al trabajo creador. En cuanto al capitalismo, Boltvinik observa la contradicción que habría entre la existencia de poquísimos trabajadores necesarios, creativos, que tendrían salarios, y la enorme masa de personas que no tendrían ni trabajo ni salario y por tanto no podrían comprar. Todos estos autores parecen plantear que con el fin del sistema capitalista daría paso al trabajo creador. Es un tema de relevancia que merece un escrutinio cuidadoso. A mí me parece, a la luz del paradigma del florecimiento humano, que no está resuelta la contradicción entre la necesidad humana de trabajo creativo y la cada vez mayor división técnica del trabajo, pues ésta excluye del trabajo a enormes masas de individuos.

El hombre necesita realizar un trabajo creativo para florecer, es parte de su condición humana. La división técnica, por el contrario, lo aleja cada vez más de la comprensión y del control de los procesos de trabajo.

Habría que preguntarse, otra vez, cuáles son hoy los agentes de la transformación y cuáles las vías. La historia del capitalismo ha dado muchas sorpresas. Los que no tienen nada que perder ya han perdido casi todo en la descomposición del tejido social causada por la pobreza extrema. Y las numerosas formas de resistencia exploradas por los movimientos sociales no han mostrado ser tan eficaces como sería deseable. Así como Boltvinik replanteó todo el panorama y decidió aproximarse desde bases diferentes al fenómeno de la pobreza para entender mejor sus elementos constitutivos y la manera en que se relacionan, es necesario, pienso, volver a revisar el papel que juegan todos los agentes de la sociedad. Una revisión desde las mismas bases que plantea esta obra, es decir, desde la condición y naturaleza humana mismas, desde la esencia humana. Hay muchos grupos sociales emergentes, algunos de ellos contestatarios, que parecen haber identificado muy bien a los agentes causantes de la pobreza y los medios de que se valen para continuar y profundizar la alienación. Entre ellos está muy presente la agenda verde, que es otro tema que no podemos olvidar. La depredación ambiental a la que nos ha conducido el camino trazado por el capitalismo tendrá costos muy altos si no se pone un alto de inmediato. Habrá que ampliar la mirada, pues, para clarificar cómo esta ampliación de los protagonistas y de la problemática cambia nuestras miradas sobre los agentes y las vías.

Otro tema polémico, por su complejidad y múltiples aristas, es cómo conciliar la afirmación de la universalidad de las necesidades humanas con la evidencia empírica disponible sobre la enorme diversidad y variabilidad de nuestra especie, tanto en experiencia como en cultura y requerimientos fisiológicos. De acuerdo con Boltvinik, negar la universalidad de las necesidades humanas ha justificado las posturas relativistas que han permitido a los organismos internacionales la fijación de un umbral de pobreza extremadamente bajo. Afirma que son los satisfactores los que están culturalmente determinados y no las necesidades. Una parte muy importante de sus textos abordan este punto. En efecto, podemos ver que si bien la enorme plasticidad conductual que nos caracteriza como especie permite una gran variabilidad cultural en la elección de la conducta y del objeto, no es así para el impulso, que es, como señala Boltvinik, lo que determina la necesidad. Tema controvertido, sin duda, pero de gran interés e importancia en todos los debates mundiales sobre la pobreza.

Con respecto a la pregunta retórica del título, yo respondería: ambas. Teoría crítica y utopía. Necesitamos imaginar futuros deseables, crear un faro utópico para poder orientar nuestra acción, pero también analizar las condiciones del presente para identificar las contradicciones del sistema

que pretendemos cambiar y así entender cuáles serían las condiciones de su modificación. Ambos propósitos son característicos de la obra de Boltvinik. Se requiere, además, entre ambos cuerpos de pensamiento un puente que los vincule; quizás, especulo, la planeación prospectiva, los estudios de futuro. Hay una necesidad imperiosa de convertir este pensamiento social, sociológico, antropológico y económico, en acciones y políticas públicas. El trabajo de Boltvinik y del grupo que presenta el texto es un esfuerzo relevante y pertinente para nuestra sociedad y nuestro tiempo, y habría que procurar que ideas tan lúcidas, de tanta preocupación por el mundo y el ser humano, no caigan en el vacío. Sería deseable asistir en nuestro país, en un futuro no muy lejano, a la creación de un Instituto de Estudios de Florecimiento Humano que, a la manera de un Instituto de Estudios de Futuro, tenga como su tarea analizar, desde este paradigma, las muchas caras de la pobreza y la alienación en nuestra sociedad, en nuestro país, y diseñar programas dirigidos a superarlas. Ejercer con ello nuestra capacidad de planeación prospectiva. Imaginar los mundos deseables y pensar cuáles de ellos son posibles. Tal vez una institución así posibilitaría la creación de algunas islas de florecimiento humano dentro del mar de nuestra sociedad, quizás fragmentos reales de utopía que pudieran invitar a distintos sectores de la sociedad a replicarlos. Aquí y ahora.

Este número de la revista *Desacatos*, juzgo, presenta un tema central, de gran trascendencia e importancia, que toca aspectos cruciales de la situación actual del mundo. Toda persona con interés en el futuro del mundo, del ser humano, del planeta mismo, encontrará en su lectura muchos elementos para comprender mejor el panorama; adquirirá una perspectiva nueva y distinta sobre el caos e insatisfacción imperantes en el mundo. Se enfrentará a la realidad dura y descarnada de un capital voraz; encontrará esperanza en el pensamiento utopista. Observará más de cerca su propia condición humana, sus necesidades, sus capacidades, su uso del tiempo, su lugar en el gran ajedrez del capital. Y quizás saldrá de su lectura más consciente y por ello más melancólico, pero también, quizás, con una perspectiva más clara de lo que causa el estado actual de nuestro mundo y de sus posibilidades concretas de intervenir en él.

REFERENCIAS

- Arizmendi, L. (2007), "El florecimiento humano como mirador iconoclasta ante la mundialización de la pobreza", *Desacatos* 23: 101-124, México, CIESAS.
- Boltvinik, J. (2007), "De la pobreza al florecimiento humano: ¿teoría crítica o utopía?", *Desacatos* 23: 13-52, México, CIESAS.
- Boltvinik, J. (2007), "Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza", *Desacatos* 23: 53-86, México, CIESAS.
- Boltvinik, J. (2007), "Desarrollo y crítica del paradigma de la producción. Presentación del ensayo de György Márkus", *Desacatos* 23: 161-178, México, CIESAS.
- Boltvinik, J. (en prensa), *Ampliar la mirada: un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, México: Siglo XXI.
- Damián, A. (2007), "El tiempo necesario para el florecimiento humano. La gran utopía", *Desacatos* 23: 125-146 México, CIESAS.
- Dieterlen, P. (2007), "Cuatro enfoques sobre la idea del florecimiento humano", *Desacatos* 23: 147-158, México, CIESAS.
- Gasper, D. (2007), "La ética del desarrollo humano y las *Frontiers of Justice* de Martha Nussbaum", *Desacatos* 23: 291-318, México, CIESAS.
- Levitas, R. (2007), "Florecimiento humano: ¿una agenda utopista?", *Desacatos* 23: 87-100, México, CIESAS.
- Levitas, R. (2007), "La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris", *Desacatos* 23: 203-222, México, CIESAS. [Original: 1990, capítulo 5 de *The Concept of Utopia*, Philip Allan, Londres.]
- Márkus, G. (2007), "Sobre la posibilidad de una teoría crítica", *Desacatos* 23: 179-200, México, CIESAS. [Original: 1986, capítulo 5, parte II de *Language and Production. A Critique of the Paradigms*, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, Países Bajos.]
- Maslow, A. (1943), "A theory of human motivation", *Psychological Review* 50: 370-396.
- Schumacher, E. F. (2001), *Lo pequeño es hermoso*, Madrid, Tursen-Hermann Blume, serie Crítica-Alternativas. [Original: 1973, *Small is Beautiful*.]
- Thoreau, H. D. (1996), *Walden*, México, UNAM. [Original: 1854.]